

"Pensamiento muy Parecido con los Nuevos Gobernantes Argentinos", Dice Bordaberry

"Gran Esperanza de que ese País Entre Ahora en una era de paz"

MONTEVIDEO, 22 de abril. (EFE y Latin)—El Presidente uruguayo, Juan María Bordaberry, manifestó esta noche a la prensa su "gran esperanza de que Argentina entre ahora en una era de paz y progreso que tanto necesita".

En rueda de prensa con periodistas chilenos que acompañan al Presidente Augusto Pinochet, el mandatario uruguayo dijo que "todos los cambios que se produzcan en Argentina nosotros deseamos que sean para su bien."

"Indudablemente nadie puede negar que esta nación se encuentra en una difícil situación desde el punto de vista económico, desde el punto de vista político y aún desde el punto de vista de la agresión marxista. Por tanto, en la medida que este cambio sirva para que la Argentina recobre la paz, recobre los niveles de prosperidad que un país tan rico debe tener, nosotros nos alegramos de que así sea".

"Creo que las manifestaciones que han hecho los nuevos gobernantes argentinos nos hacen ver que estamos guiados por un pensamiento muy parecido y por tanto en mí abre una gran esperanza de que Argentina, un país con el que tenemos tantas vinculaciones, entre en una era de paz y progreso que tanto necesita".

Bordaberry también declaró que la suspensión de la obligatoriedad de las sanciones aplicadas a Cuba constituye una especie de "bendición a la acción intervencionista" de la nación caribeña.

"De ninguna manera puede dársele esa bendición levantándole las sanciones como se hizo. Y los hechos nos han dado la razón. Interviene no ya en América, sino que, como una potencia militar poderosa, también lleva soldados a territorios que están a miles de kilómetros de distancia, desplazando millares de hombres y pesados equipos, lo que nuestros países no tendrían posibilidades materiales de hacerlo", concluyó el mandatario uruguayo.

Marcelo QUIROGA SANTA CRUZ EL DÍA

Militarización del poder en América Latina

El militar Eisenhower lamentaba, desde la presidencia, la excesiva intervención del Pentágono en la definición de la política exterior de los EU. El civil Kissinger, desde el Departamento de Estado, celebra y estimula esta misma intromisión. Es que el viejo general, comandante de una guerra victoriosa que no deparó a su país el control político de toda el área liberada de la ocupación nazi, sospechaba que el poder de las armas no es absoluto. El diplomático, en cambio, conductor de una política exterior que la historia torna inviable, sólo confía en la eficacia disuasiva o exterminadora del poder público, no obstante la manifiesta inutilidad que en Vietnam mostró ese correctivo de fuerza de una estrategia diplomática fracasada.

Si la CIA es derrotada en Angola, Kissinger amenaza con represalias armadas a Cuba. Si los partidos comunistas de Europa Occidental se aproximan electoralmente al gobierno de sus respectivos países, Kissinger advierte que no tolerará una incursión semejante en su coto político de caza. Si los países latinoamericanos se unen para reclamar la restitución de la soberanía panameña sobre la Zona del Canal, Kissinger previene que su gobierno retendrá el control de esa vía acuática contra la voluntad de toda América Latina.

En todos los casos, el gruñido sigue al contraste. Pero no en todos la exhibición del colmillo precede al mordisco. O, quizá, no siempre la perspicacia colectiva fue suficiente para advertir la determinación agresora. Es el caso de América Latina. Nuestra crónica inestabilidad gubernamental, frívolamente atribuida al folklore de la región, predispuso erróneamente la apreciación de los golpes militares de los últimos doce años. Lo que en su tiempo parecieron asaltos personalistas del poder o formas cuarteleras de resolución de las contradicciones internas de las inmaduras clases dominantes, en todo caso peripecias reducidas al ámbito local, pronto se revelaron como hitos de una coherente estrategia de dominación continental.

El instrumento de ejecución de ese proyecto de reversión de la intermitente y desigual democracia burguesa latinoamericana y de anulación de su débil o, en muchos casos, sólo simbólica independencia política, son las fuerzas armadas locales convertidas en verdaderos ejércitos de ocupación de sus propios países. Pero no en el carácter de organizaciones castristas cuyos fines específicos coincidieron sólo coyunturalmente con la política hemisférica de los Estados Unidos, sino como partes de una institución supranacional puesta en marcha para llenar el vacío de poder que la periclitación histórica de las burguesías intermedias ha dejado, en una zona reservada al forzado repliegue mundial de los intereses imperialistas.

Esta institución tiene un nombre: TIAR. los órganos de implementación de sus fines tienen los suyos: JID (Junta Interamericana de Defensa); MAP (Plan de Asistencia Militar); y CEA (Cooperación de Ejércitos Americanos). Y todos ellos funcionaron, sin interrupción, paralelos al gobierno de Allende, replazando contradictoriamente la deteriorada relación Departamento de Estado-Cancelaría

chilena, con la vinculación desestabilizadora Pentágono-Comando Militar chileno. En el epílogo de la experiencia de la Unidad Popular, en el hecho mismo de su derrocamiento, podemos ver en acción a otro de los organismos de esa institución: UNITA, esa periódica manobra naval interamericana que sirvió de cobertura al inicio de la insurrección pinochetista, la misma que hoy se presenta, hegemonizada por el Brasil, como la réplica de la OTAN que en el Atlántico Sur brindaría al Pentágono nuevas bases militares.

Recordemos el preanuncio del último golpe militar consumado en Argentina; del que muy probablemente ocurrirá en Colombia; y del que se prepara dificultosa, pero tenazmente en el Perú. Cuando en octubre del año pasado se reunieron los miembros de la CEA en Montevideo, Bordaberry les dio la bienvenida con estas palabras: "La agresión marxista pone a prueba la capacidad de acción de las FF. AA., que deben asumir un estado de guerra en naciones que formalmente están en paz". El comandante uruguayo Vadora inauguró el cóncilave recordando que "las FF. AA. se dan cita para consolidar el sitio que han reclamado en el contexto americano y que les corresponde por legítimo derecho. Nuestros uniformes han vuelto a teñirse honrosamente de sangre en una batalla sin cuartel que bien puede calificarse de segunda independencia americana". El general norteamericano G. Sumner, presidente de la JID, dijo que la realidad subversiva latinoamericana "reclama una estrategia de norte a sur y no tanto de oeste a este", por lo que felicitó al Uruguay "por sus logros y por el camino elegido". Los delegados brasileño, boliviano, chileno, paraguayo, nicaragüense y uruguayo coincidieron en que "hay que combatir la subversión mediante las armas y exterminarla a través de la violencia represiva". El general argentino J. Videla sostuvo que "si es preciso en Argentina deberán morir todas las personas necesarias para lograr la seguridad del país". Finalmente, tocó al comandante colombiano practicar un balance: "Los ejércitos de quince países latinoamericanos se comprometieron a extirpar la subversión".

Pero el general peruano Fernández Maldonado piensa que "la muestra no es una fuerza para los opresores, sino para los oprimidos y se ha puesto decisivamente en manos de su pueblo". El contraste se agudiza si se recuerda que el delegado de Pinochet reclamó "la necesidad de perfeccionar el sistema militar interamericano y su incorporación a la Carta de la OEA". Sugestión incompatible con la acción diplomática del gobierno peruano, que pidió y obtuvo la supresión de la Comisión de Vigilancia de la Subversión Comunista en el Continente de la OEA, organismo creado por la misma reunión de consulta que en Punta del Este aprobó, en 1962, una agresión a Cuba, que hoy se pretende repetir.